

Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes y sucesos que en él aparecen son fruto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con personas, en vida o fallecidas, sucesos y lugares es pura coincidencia.

Título original: *The Patient*

© 2022, Jane Shemilt

© 2025, de la traducción por David Tejera Expósito

© 2025, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: abril de 2025

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-10359-37-6

Código IBIC: FA

DL: B 22.684-2024

Diseño de interiores:

David Pablo

Composición:

Javier Sánchez Meco

Impreso en abril de 2025 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Jane Shemilt

El paciente equivocado

Traducción de David Tejera Expósito



Newton Compton Editores
Barcelona, 2025

Para mi familia

PRÓLOGO

Junio de 2017

Los pasos quedaban ahogados entre el resto de sonidos: la lluvia que repiqueteaba en las hojas, las ramas que se agitaban con el viento, un camión en la distancia que recorría la carretera de Blandford.

Pensé que estaba volviendo a imaginarme cosas, cosas que Nathan me había asegurado que no estaban allí en realidad.

Había unas pocas farolas en aquel camino, y los focos de la catedral que se alzaba tras los árboles proyectaban sombras en la gravilla. Allí habían asesinado a una mujer, de noche, hacía cien años. Las noches nubladas como esa parecía un lugar peligroso.

A veces, el guardia que vigilaba los alrededores de la catedral paseaba por allí a su pastor alemán, o se oía el eco de las carcajadas de las mujeres que volvían a casa tras pasar por el *pub*. Me hacía sentir parte de algo, o puede que solo un poco más segura.

Pero aquella noche me había quedado sin suerte.

Empecé a darme prisa. Los pasos retumbaban aún más, como si estuviesen más cerca. Parecían reales. Se me erizó la piel, como si un enjambre de hormigas se abriesen paso desde la parte superior de la camisa hasta el pelo. Me dieron ganas de llevarme la mano a la nuca, pero tenía miedo de que otros dedos rozasen los míos.

Ojalá me hubiese dado la vuelta. Tendría que haberlo he-

cho. Tenía cuarenta y nueve años, era madre, doctora, esposa y estaba acostumbrada a enfrentarme a los problemas cara a cara.

Rodeé un charco, y unos segundos después se oyó el chapoteo de un pie al pisarlo. Empecé a correr.

CAPÍTULO 1

Febrero de 2017

Mi abogada me aconsejó escribirlo todo desde el principio, pero lo cierto es que no se puede decir que haya un principio. Esto es algo a lo que estaba abocada desde hacía años. De tener que elegir un momento concreto, volvería a ese instante en el que dejé el coche en el aparcamiento casi vacío, hace cinco meses. No me hacía falta hacerlo. Podría haber vuelto a casa directamente, y de hecho había estado a punto. Hasta ese momento, los dioses podrían haberme desviado de mi camino y ahora estaría en casa con mi marido en lugar de estar sola en una celda muy iluminada.

Las luces de la recepción del centro de salud seguían encendidas, lo que no era habitual a las ocho de la noche. Seguro que Carol se había quedado trabajando hasta tarde, a la espera de que yo le devolviese los informes médicos después de mi visita semanal a la residencia de ancianos. Tenía varios fajos de ellos; vidas llenas de problemas e investigaciones, cartas y resultados de pruebas desordenados dentro de sobres marrón claro. Los guardábamos para las visitas, porque eran fáciles de transportar y porque estábamos acostumbrados a ellos. Un vínculo con un pasado en el que los médicos tenían más tiempo. A Roger Morris, compañero con más experiencia que yo, le gustaban. Decía que la caligrafía aportaba información sobre el resto de doctores, que la manera en la que se escribía un signo de exclamación podía desvelar muchas cosas.

Había estado a punto de no devolverlos. Seguro que Nathan ya estaba en casa y puede que hasta hubiese empezado a cenar. Habíamos aceptado hacer un esfuerzo, y yo había prometido cumplir con mi parte, pero los informes tenían que estar en la consulta y, si me los llevaba a casa, estaría incumpliendo una regla. En aquella época, aún era una niña buena, como hubiese dicho Nathan, o al menos me ceñía a las normas. Solo iba a tardar unos pocos minutos en dejarlos en la bandeja. Puse el intermitente derecho para entrar en el aparcamiento y crucé las puertas. Tenía pensado marcharme al momento, volver a casa a través de las calles tranquilas de Salisbury y luego por las más tranquilas aún de los alrededores de la catedral, y hasta llegar a tiempo para la cena. Después veríamos las noticias de las diez y uno de nosotros sacaría al perro por última vez aquel día. Nathan comprobaría que todas las puertas estaban cerradas y nos iríamos a acostar.

Pero no hubiésemos hecho el amor. El sexo escaseaba en aquella época. Nathan estaba preocupado, y la verdad es que a mí no me apetecía hacerlo. No recordaba cuándo había sido la última vez, pero sí que recordaba los dolores, por las hormonas o por la falta de ellas, y también la falta de deseo. A veces me daban sudores por la noche. Y dolores de cabeza, muy intensos en ocasiones. Cansancio, tanto a mí como a Nathan. Era por las vidas tan ocupadas que teníamos; no era culpa de ninguno de los dos. Teníamos una relación íntima, lo bastante íntima, o eso creía yo. El sexo no importaba en realidad y no tenía por qué afectarnos, aunque ahora me doy cuenta de que sí, que afectó a todo lo demás. Las luces de las mesillas de noche se proyectaban separadas sobre nuestras almohadas. La estancia estaba en silencio, aparte del rumor del pasar de las páginas de nuestros libros. Era una vida contenida, segura, tranquila y envidiable. Diez minutos después, Nathan soltaría el libro, apagaría la luz, me daría la espalda y se dormiría.

Yo me quedaría despierta, a veces durante horas, mientras las campanas de la catedral repicaban cada quince minutos. Pensaría en Lizzie y en mis pacientes y en las listas de cosas que tenía que hacer al día siguiente: resultados, visitas, cartas, reuniones, pacientes a los que llamar... Todo hasta que el corazón empezara a latirme desbocado y los listados de cosas empezasen a entremezclarse. Después me levantaría a prepararme una taza de té y luego volvería a la cama. Oiría los coches pasar y contemplaría los rectángulos de luz difusa deslizarse por el techo hasta desaparecer, relajantemente misteriosos y apacibles.

El Kia de Carol estaba en el aparcamiento del centro de salud, junto al Ford de Debbie, donde también había un Mercedes rojo que ocupaba dos espacios, con la capota abierta en febrero. Seguro que pertenecía a alguien que tenía entradas para la función del Salisbury Playhouse y lo había dejado allí para impresionar a su pareja o porque había llegado demasiado tarde como para encontrar aparcamiento.

¿Había otro coche aparcado en el rincón más apartado, donde los árboles habían dejado el asfalto pegajoso a causa de las hojas podridas? Quizá, pero no lo vi. Para entonces estaba oscuro, y más aún debajo de las ramas. Contemplé mi reflejo en el metal del Mercedes, iluminado gracias a las luces del centro de salud, una pequeña figura inclinada hacia delante y con el pelo alborotado a causa del viento. Tenía suerte de que fuese muy tarde como para encontrar pacientes, así podría irme antes.

Me equivocaba. La tensión se palpaba nada más cruzar la puerta. Carol estaba inclinada sobre el mostrador de recepción, con un formulario de ingreso temporal en las manos. Debbie estaba junto a ella, con la cabeza inclinada y escuchándolo todo. Estaba de guardia. Se sostenía la barriga de embarazada con una mano y tenía unas ojeras de cansancio muy marcadas. Era como yo hacía veinticuatro años. Escuché cómo Carol terminaba lo que estaba diciendo:

—... riesgo de suicidio. Lo he dejado en la consulta de Rachel. Sé que es tarde, pero no podía negarme.

Era posible que, a esas alturas, Nathan ya estuviese descorchando el vino en la cocina. Un chardonnay frío, que era su favorito. Yo prefería el tinto, sobre todo en invierno. Necesitaba esa calidez después de un día de trabajo. Seguro que se había puesto a mirar el reloj, pero la mención al suicidio decantó la balanza. Recordé el rostro de Liam, las bolsas debajo de sus ojos, los puños cerrados, la desesperación que no había sido capaz de identificar.

—Yo me encargo, Debbie.

Se sobresaltó y se aferró con más fuerza el abdomen. No quería asustarla, pero la puerta no había hecho ruido al abrirse y habían cambiado la moqueta del centro de salud el año anterior. Era nueva y gruesa, por lo que no se oían los pasos.

—Es lo lógico. —Dejé el fajo de documentos en la bandeja de correspondencia de Carol—. Teniendo en cuenta que ya está en mi consulta.

—La habías dejado abierta. —Carol se pasó la mano por la melena corta y reluciente—. El paciente parecía enfadado.

—No te preocupes. —Le sonreí—. Me alegra que lo hayas llevado allí.

La consulta de Debbie tenía la misma utilidad que una recepción. Una madre embarazada no tenía tiempo para convertir su despacho en un hogar. Y tampoco tenía por qué hacerlo. Su vida lejos de aquel lugar irradiaba color, ruido, niños, amigos que la llamaban, risas y conversaciones.

En cambio, la nuestra era muy tranquila en esos momentos. A Nathan le gustaban los colores pastel en las paredes; los encontraba tranquilizadores. Pero fui yo la que eligió los colores de mi consulta: paredes color turquesa, un póster enmarcado del Mediterráneo, barcos rojos recortados contra el azul del mar. Y una de las fotografías de Victoria: un volcán del que brotaba lava dorada y escarlata. También

había una foto de Nathan con Lizzie sobre mi escritorio, cajas de juguetes debajo del sofá y pufs para que se echasen los niños. El lugar olía a los ramos de lavandas secas del jardín de Victoria. Eran cosas que ayudaban a hacer que fuese más cómodo. Al menos para mí.

–Estoy de guardia –dijo Debbie, que se agachó con torpeza para coger su maletín. No quería que nadie se apiadase de ella ni que la trataran de manera especial. Lo entendía porque a mí me había pasado lo mismo. Bajé la vista y vi que tenía los tobillos hinchados, algo que ocurre en el tercer trimestre cuando llevas todo el día de pie.

–Deja que te ponga las cosas un poco más fáciles. –Estaba cansada, pero el cansancio de las que nos acercamos a los cincuenta es diferente al de una embarazada; es uno que lleva presente mucho tiempo, al que te acostumbras y que te limitas a ignorar.

Debbie se enderezó y se me quedó mirando con gesto inescrutable: alivio, culpa, resentimiento, orgullo... Sentimientos que no me eran ajenos. Me dieron ganas de abrazarla. Solo tenía veintiséis años, dos más que Lizzie. Y no recordaba cuándo había sido la última vez que yo había abrazado a mi hija. No le gustaban los abrazos. Necesitaba su espacio vital y estaba acostumbrada a tenerlo, o eso decía. Yo había estado muy ocupada durante su infancia, y hacía poco me había dicho que era demasiado tarde para compensarla por todo ese tiempo. Se había reído, pero en realidad no era una broma.

Carol seguía hablando conmigo, inclinada hacia delante y con gesto serio.

–... llama Luc Lefevre. –Apretaba los labios entre frases, con la misma presión con la que cerraría un sobre. Un gesto de desaprobación-. Creo que es mitad francés. Vive en Londres e iba de camino a casa, pero terminó...

–Gracias, Carol. Te pediré más información si la necesito. Prefería que el paciente me contase su historia, sin opinio-

nes de terceros. Normalmente, daban mucha información con los silencios, con la manera en la que se sentaban, con la fuerza con la que cerraban los puños o con la velocidad con la que apartaban la mirada.

Me dio el formulario de ingreso temporal que había rellenado el paciente mientras esperaba, y luego empezó a revisar los documentos que yo le había traído, pasándolos uno a uno con el pulgar sobre el mostrador. El bonito jersey blanco con corderitos bordados alrededor del cuello no casaba para nada con sus mejillas ruborizadas. La había vuelto a ofender. Todo el mundo sabía que prefería a Roger. A mí también me gustaba, como a todo el mundo. Era alto, amable y desorganizado, de pelo canoso y más sociable al hablar. Seguro que se hubiese quedado allí, con la cabeza inclinada con atención mientras escuchaba todo lo que Carol tuviese que decirle. Puede que incluso hubiese asentido y sonreído, agradecido en apariencia. Yo era mucho más impaciente, no solo con ella, sino también con mis amigos y con mi familia. Siempre había sido impaciente, pero Nathan creía que había empeorado en los últimos años. Me había dicho que era porque me quedaba menos tiempo de vida. Yo no le había respondido.

Tendría que haberme quedado escuchando a Carol, como habría hecho Roger. Resultó que tenía razón. Necesitaba mucha más información, aunque ahora es demasiado tarde para preguntarle qué le había dicho Luc Lefevre antes de que yo lo conociese. Meses y meses tarde.

De haberlo sabido, habría sido mucho más amable con Carol. Muchísimo más. Es una de las cosas que no consigo quitarme de la cabeza. Tendría que haberme esforzado más. He descubierto que cantaba en un coro, que iba a clases de baile de salón los viernes por la noche y que trabajaba en una tienda Oxfam las tardes que tenía libres. La conocía muy poco.

Envié un mensaje de texto a Nathan mientras caminaba

por el pasillo hacia mi consulta. Iba a llegar tarde y sería mejor que empezase a cenar sin mí. Nuestro centro de salud es muy grande. Tiene otra consulta, así como fisioterapeutas y una enfermería. Los pasillos son largos. Carol se había olvidado de encender las luces de la zona y, a medida que me alejaba de la recepción en dirección a mi despacho, sentía como si me internase cada vez más en la oscuridad.

Recuerdo tambalearme y apoyarme en la pared para recuperar el equilibrio mientras avanzaba a tientas.

CAPÍTULO 2

Febrero de 2017

—Oh, perdona. ¿Estás bien? Bueno, ya veo que no, pero... No suelo pedir perdón ni quedarme sin palabras cuando atiendo a mis pacientes, pero el hombre había estado llorando y me sentí como una intrusa. Las mujeres lloran en público, pero los hombres suelen ocultar sus penas. Luc era diferente. Las lágrimas le habían empapado la barba incipiente. Tenía mojado hasta el cuello de la camisa.

Empezó a incorporarse cuando entré, pero era como romper una regla no escrita. Los pacientes no se ponen en pie cuando llegan los doctores. Le puse la mano en el hombro. Otra regla no escrita que acabábamos de romper. Los doctores no tocan a los pacientes a menos que sea parte de un reconocimiento, y aun en ese caso tienen que pedir permiso. Y hoy en día hasta hay que ofrecerle personal de enfermería de su mismo sexo. Estaba nervioso. O al menos esa era la excusa que intenté creer en aquel momento, pero lo cierto era que no pude evitar sentirme atraída por él, lo que me resultaba extraño. Los hombres guapos no suelen interesarme. Siempre imagino que serán arrogantes o unos creídos.

Mi marido tenía un aspecto normal, con el rostro tranquilo y la expresión apacible. También con una sonrisa lo bastante amistosa. Pero el rostro de Luc Lefevre era justo lo contrario: guapo, sí, pero expresivo y emocional. Con poco que esconder. Me dio la impresión de que era asilvestrado, no en el sentido de que fuese descuidado, sino desprotegido,

como un animal salvaje. Era como si a través de sus ojos se reflejase el espíritu de un corderito muerto.

Le pasé la caja de pañuelos estampados que Carol había dejado sobre mi escritorio y sacó unos cuantos. Se limpió la cara y luego se sonó. Yo me quité los zapatos debajo del escritorio. No iba a darse cuenta. Tenía los pies hinchados, como los de Debbie, algo reciente que poco a poco empezaba a convertirse en parte de mi vida, como las canas que me habían salido, la artritis en las articulaciones del pulgar y ponerme gafas para leer.

Evitaba mirarlo a la cara por educación, pero había pistas en todas partes. Tenía los dedos entrelazados, pero las manos se le veían bronceadas y con las uñas bien cortadas. Llevaba un Rolex y mocasines caros. Fuera cual fuese el problema, estaba claro que no era el dinero. Esperé, que es lo menos que puedes hacer cuando alguien sufre.

–Tranquilo –le dije–. No hay prisa.

La consulta estaba tranquila. Los teléfonos ya estarían desviados a los servicios de guardia a esas horas. Carol no iba a llamar a la puerta para pedirme que le firmase recetas y no había nadie esperando. Podía quedarme ahí escuchándolo tanto como quisiese. Pensaba darle el tiempo que no le había dado a Liam.

Liam Chambers había aparecido en consulta sin cita previa durante una mañana muy ocupada en el centro de salud. Tenía diecisiete años, la mirada perdida y los huesos de las muñecas que le sobresalían como canicas. Murmuró que tenía un problema, pero no respondió a mis preguntas y nos quedamos sin tiempo. Le sugerí que pidiese cita para la mañana siguiente, pero esa noche lo encontraron en su habitación colgando del cinturón de una bata que había atado en una viga. Cuando fui a su casa, su madre no me dejó entrar, pero accedió a verme dos semanas después, el 10 de febrero, que vi en el calendario que era al día siguiente.

El calendario colgaba de un corcho que estaba sobre mi

escritorio, regalo de una farmacéutica. *Los girasoles* de Van Gogh eran la imagen de febrero, entre los horarios de las guardias y los protocolos para el tratamiento de una enfermedad de los riñones. Nunca había examinado con tiempo aquel cuadro, que se me antojaba como una de esas imágenes que siempre miras de reojo. Pero ese día vi que los girasoles no estaban lozanos. Era algo de lo que no me había dado cuenta antes. Es difícil ver lo que tienes frente a tus narices cuando estás ocupada, pero si te paras a mirar descubres cosas en las que seguro no te habías fijado, cosas muy obvias. Algunas de las flores se habían quedado sin pétalos, aunque los que quedaban relucían como pequeñas llamas, de tonos azafrán, ocre y siena oscuro. Eran colores que habían preparado en el sur de Francia. En la parte inferior habían garabateado un «Arlés». Supuse que el nombre sonaría mucho mejor pronunciado en francés, con esa R intensa en la boca, como un succulento manjar.

—Había un árbol en una curva de camino a Stonehenge. Parecía como si me estuviese esperando.

Las palabras me dieron un susto, uno leve y fácil de disimular. Había sido por el acento francés, como si me hubiese estado leyendo los pensamientos.

—Decidí chocarme contra él. Iba a llamar a la policía antes, para que pudiesen llegar y limpiarlo todo.

Asentí y disimulé la conmoción. Estaba diciendo la verdad y con toda naturalidad, lo que lo empeoraba aún más. No dije nada. Si te precipitas con las palabras, puedes hacer que el paciente deje de hablar. Era muy posible que eso fuese lo que me había pasado con Liam. El silencio se alargó hasta que él volvió a romperlo.

—Todo está gris y silencioso, como si caminara sobre ceniza. Hay ceniza en el ambiente, y el mundo ha estallado en llamas.

«Ceniza». Siempre me ha gustado cómo suena esa palabra. Tiene una sonoridad suave, lo que resulta muy curioso, ya

que la ceniza seguro que rechinaría entre los dientes y tendría un sabor terriblemente amargo.

—Nunca me acuerdo de nada. No quiero hacer cosas que antes me gustaba hacer. Estoy irritable. —Sonaba amargado, como si un desconocido se hubiese acercado a la puerta de su casa por la noche y la hubiese abierto de un empujón—. Ya no me interesa el sexo.

Miré su cuerpo, no pude evitarlo. Estaba musculado aunque por alguna razón era incapaz de imaginármelo en un gimnasio. Tenía la piel curtida. Me lo imaginé en un lugar remoto donde solo había aves en el cielo. La ficha que tenía en la mano decía que tenía cuarenta años, y el pelo castaño y despeinado que le llegaba hasta el cuello había empezado a encanecer. Tenía las manos grandes y los hombros anchos, la nariz larga, ojos marrón oscuro y una pequeña cicatriz en la parte derecha de la boca. Era el tipo de rostro que me hubiese llamado la atención entre la multitud. Se supone que los médicos no deberían pensar en los pacientes en esos términos, pero me sale automático, como si estuviese evaluando su estado de salud, su altura o su peso. Me sorprende al darme cuenta de los detalles en los que una puede fijarse con solo una mirada, en las decisiones que una puede tomar antes de que su mente consciente se percate de ellas. Con la edad, el sexo y el nombre puedes llegar a adivinar con una exactitud sorprendente cuál será el problema antes siquiera de pronunciar palabra.

—¿Te has sentido antes así?

—No tan mal.

—Pero ¿has estado deprimido alguna vez?

—Sí.

—¿Tanto como para haber tenido que recibir tratamiento?

Él asintió, pero se le nubló la vista, como si hubiese ocultado un secreto en algún lugar profundo de su ser. Nadie lo comparte todo la primera vez. Es cuestión de esperar, dice Roger, de ponerte en la piel de tu paciente durante el tiempo que haga falta. Y está muy bien hacerlo, si tienes tiempo.

–Muy bien. Me ayudará saberlo.

Las manos que tenía sobre el regazo se destensaron un poco. Llevaba una alianza de oro bastante gruesa y unos gemelos también de oro.

–Tengo todo lo que uno podría desear: una mujer guapa, un hijo adorable..., bueno, hijastro. No tengo problemas económicos, al menos por ahora. Y tengo trabajo. –Parecía enfadado, lo que me dio esperanza. La rabia podría tratarse, pero la apatía era un peligro.

–¿Y a qué te dedicas?

–A la arquitectura. –Bajó la vista y también el tono de voz, como si estuviese admitiendo algo demasiado íntimo–. Pero prefiero la pintura. Lo hago cuando el tiempo me lo permite.

Algunos trabajos te vuelven más susceptible al suicidio; los anestesiólogos y los granjeros son población de riesgo. También los veterinarios. Los arquitectos difícilmente tienen armas a mano, ni tampoco los artistas.

–¿Y cómo estás de salud en general?

–Bien.

–¿Hay otros casos de depresión en tu familia?

–Mi padre. Siempre en esta época del año. –Esbozó una sonrisa–. La genética y el clima. Una combinación terrible.

–Tenía los dientes cuidados, otra buena señal, al igual que las uñas bien cortadas. No llevaba mucho tiempo deprimido.

–¿Qué tratamiento tomas?

–Unos comprimidos. No recuerdo el nombre porque me afectan a la memoria. Pero ya me he quedado sin ellos.

Sabía que le iba a pasar algo así; era algo que había visto venir a lo lejos, como un maremoto al que creía que iba a ser capaz de sobreponerse. Pero había estado demasiado ocupado como para volver a pedir la medicación. Tenía una oficina en Londres y estaba renovando una casa en Wiltshire. Y también tenía otra en Francia que había heredado.

–Cerca de Arlés. Era la casa de mi tatarabuelo y ahora es mía.

—¿Arlés?

Eché un vistazo al calendario y él hizo lo propio.

—Hay campos como esos cerca de la casa, sí —convino al ver la imagen—. Un paisaje propio de Van Gogh. Es muy colorido en verano.

—Seguro que Van Gogh se quedó cautivado por los girasoles. Los pintaba con tanta pasión, hasta los que parecen tener más tiempo... —Pero ¿qué estaba diciendo? Nunca había compartido mis sentimientos en una consulta. Seguro que era por la calidez de su voz y por la forma en la que me miraba, por esa franqueza que esperaba una respuesta similar. Había bajado la guardia, pero él no pareció darse cuenta.

—Los eligió precisamente por tener más tiempo. Más edad. Es cuando son más bonitos. —Volvió a mirarme, con mucha intensidad—. Tienen los colores más sutiles, los pétalos más suaves y las semillas ya están maduras.

Las palabras resonaron sensuales y me dieron la impresión de ser demasiado personales, lo que era una locura, en realidad. Estaba describiendo flores, no a las mujeres. Tenía que recuperar la compostura. Miré el reloj y vi que llevábamos cuarenta y cinco minutos de consulta. Carol se iba a enfadar.

—Muy bien. ¿Y qué te ha provocado el incidente de hoy?

—Pues que no he tenido tiempo para las cosas que me mantienen cuerdo, como la pintura —dijo despacio—. El trabajo lo ocupa todo. Llevo meses sintiéndome decaído, pero lo he ignorado porque estaba muy ocupado. Vine a Salisbury para reunirme con una constructora y me sentí peor que nunca. Intenté volver a casa en coche, pero me perdí. Me vi en la A360 camino a Stonehenge, y entonces vi el roble. Me paré para llamar a la policía y una bandada de pájaros alzó el vuelo junto a mí, reluciendo con las últimas luces del día. A saber cómo se llaman esos pajaritos marrones que se ven en el campo y que se alimentan de rastros.

Vi con mucha claridad la imagen que describía: la luz tenue y amarilla atravesando los árboles desnudos. Era como si

estuviese allí con él. Oí el zumbido del aleteo de las aves, olí el aroma margoso de la tierra y de la paja húmeda. Me incliné hacia él para escucharlo mejor.

—Salí del coche y los vi volar hacia los árboles. Los oí posarse para pasar la noche. Me salvaron. No estoy seguro de cuánto tiempo pasó, pero supe que tenía que hablar con alguien, por lo que me metí en el coche y volví.

Se pasó la mano por la cara a toda prisa, como si se enju-gase algo.

—Vi el cartel fuera del centro de salud, por lo que aparqué, entré y me registré. Me metieron en tu consulta y me sentí a salvo de inmediato.

—Me alegra que hayas encontrado la manera de llegar hasta mí. —Eso había sonado demasiado sincero, como si lo hubiese estado esperando a él en concreto. Me recliné. Era un paciente y necesitaba un plan. Según su ficha, no lo habían ingresado anteriormente ni tampoco había intentado suicidarse, aunque había rellenado el formulario por su cuenta y quizá había obviado información importante.

—A los pacientes suicidas suelo pedirles que se hagan un reconocimiento de emergencia con un psiquiatra. —Estaba haciendo lo que haría cualquier médica nueva, lo que yo misma habría hecho por Liam de haber sabido lo que iba a pasar.

—Eso ya ha pasado. De verdad. Ya no quiero suicidarme.

—Da igual. Tenemos que asegurarnos de que estás a salvo.

—He venido porque necesitaba hablar con alguien.

Apareció un destello verde en sus ojos que se unió al marrón, unas franjas de un verde oscuro en el borde de los iris recortadas contra un fondo sombrío.

—Ya me has escuchado y me siento mucho mejor —continuó—. Además, tengo que volver a casa. Te prometo que no me voy a suicidar.

Estaba hablando con demasiada intimidad, como si estuviésemos firmando un contrato entre los dos.

–Pues irás a tu médico de cabecera mañana. Le enviaré un correo electrónico. Mientras, sería una buena idea que te volvieses a tomar esos comprimidos. –Miré la ficha, pero no había escrito el nombre–. ¿Cuáles eran?

–A saber. –Frunció el ceño–. Cuando estoy así me olvido de todo.

–Los inhibidores selectivos de la recaptación de la serotonina suelen ser la primera opción. Citalopram...

–Citalopram. –Se le iluminó el gesto–. Eso me suena.

–Pueden llegar a hacerte sentir peor antes de que notes mejoría. Tienen muchos efectos secundarios.

Se los enumeré, así como las contraindicaciones. Siempre me obligaba a hacerlo, porque son fáciles de olvidar: las señales de que tienes que dejar de tomarlos son el aumento de los pensamientos suicidas o una obsesión latente. Le recomendé que fuese a terapia, que hiciese ejercicio y que intentase dormir bien. También le recordé que fuese al médico de cabecera y luego le imprimí la receta.

–Si necesitas hablar con alguien mientras tanto, este es mi número. –Lo escribí y se lo pasé junto con la receta. Roger hubiese negado con la cabeza al verme y me hubiese advertido que no le diese mi número de contacto, ya que él era de los que decía que había que poner límites. Yo le hubiese respondido que estaba poniendo una red de seguridad debajo de mi paciente. Lo cierto era que, después de lo de Liam, no iba a arriesgarme.

Luc se guardó el papel y la receta. Se me quedó mirando, como si se preguntase qué hacía ahí un jueves por la noche en lugar de estar en casa con el marido que seguro me estaba esperando. Me puse en pie al ver que él hacía lo mismo. Era más alto de lo que pensaba, pero también tenía que tener en cuenta que yo me había olvidado de volver a ponerme los zapatos.

–Supongo que estarás acostumbrada a que la gente te dé las gracias, pero yo te lo digo en serio. Has sido... –Hizo

una pausa como si estuviese buscando las palabras exactas y bajó la vista para mirarme—. Encantadora.

Sonó honrado en lugar de inapropiado, aunque lo único que había hecho yo había sido dejarlo hablar. Estaba en ese punto en el que uno dice lo primero que se le pasa por la cabeza, sin filtro, y en ese momento yo, Rachel Goodchild, una médica de mediana edad con una hija mayor y un matrimonio de veinticinco años, le estaba pareciendo encantadora. Llegué a creérmelo incluso.

Me agarró la mano con las suyas y sentí su calor. Me sonrió y se le iluminaron mucho los ojos. Parecía diferente, más joven. La transformación había sido extraordinaria.

—Gracias. —Hizo una pausa—. Por todo.

Miré el reloj cuando ya se había marchado y había pasado una hora. Una hora entera. Normalmente me ceñía a los horarios, a pesar de que muchos pacientes se beneficiarían de hablar todo el tiempo que necesitasen. No me parece justo haber pasado tanto tiempo con un paciente, pero aquella noche había sido una excepción y no era la norma. Sin más. No volvería a ocurrir.

Seguro que Nathan ya habría terminado de cenar y estaría durmiendo en el sofá o repasando las clases del día siguiente. Sentí el despacho muy frío; la calefacción se apagaba sola por la noche y no me había dado cuenta hasta ahora. Ordené todo y me escribí una nota para recordar enviar el correo electrónico al médico de cabecera de Luc Lefevre por la mañana. Después fui a pedirle perdón a Carol, que estaba rellenando fichas; sus tacones resonaban de un lado a otro con rabia entre las estanterías. La lista de tareas del día siguiente, que siempre apuntaba en su bloc de notas, ya había sido tachada al completo con marcas muy profundas de bolígrafo rojo. Cabeceó al verme. Me alegro de haberme disculpado. No es que sirviese de algo, pero ahora me siento mejor.

En el exterior, el Mercedes ya no estaba en el aparcamien-

to, aunque el coche pequeño que estaba entre las sombras puede que siguiese por allí. Ahora que lo pienso, esa fue la impresión que me había dado en ese momento.

Los alrededores de la catedral estaban cerca y los atravesé despacio. La estructura seguía sorprendiéndome, eso sí, aunque había vivido en aquel lugar toda mi vida; el tamaño impresionante de sus muros, la forma de las ventanas y de las puertas abovedadas, el elevado chapitel que se alzaba hacia los cielos como por arte de magia. Los focos proyectaban su sombra por el cielo, un asta de oscuridad que destacaba entre las nubes más claras.

Pasé junto a otras formas que también me resultaban familiares: la garita de madera del guardia, el buzón que había en una esquina, la estatua de la virgen caminante de Elizabeth Frink, una silueta enjuta que paseaba para aliviar su aflicción. La antigua casa de Ted Heath, con las barandillas negras y la fachada de estilo georgiano. Todo estaba como siempre, un mundo ordenado en el que Nathan y yo ocupábamos nuestro lugar; un profesor y una doctora, personas respetables con reputaciones que mantener.

No obstante, la Canonjía Norte tenía un aspecto diferente esa noche, ahora que los andamios que la habían rodeado durante los últimos meses habían desaparecido. Detuve el coche. Solía pasar horas en esa casa cuando era pequeña, ya que mi mejor amiga Cathy vivía allí. Nos pasábamos todo el verano jugando en el jardín. Me encantaba su familia de cuatro hijos, ya que yo no tenía hermanos ni hermanas, e iba por la aventura, la libertad y el caos. La casa había cambiado de manos muchas veces desde entonces, pero llevaba un tiempo vacía. Esa noche, la piedra parecía más limpia y habían reparado los alféizares destrozados. Seguro que esa casa aguardaba el momento en el que la volviesen a habitar. Me imaginé los fantasmas de la familia que había conocido, y a mí entre ellos, en el interior, contemplando el mundo desde las sombras, como esperando la oportunidad

de volver a empezar sus vidas, como si aún pudiesen tomar decisiones y la aventura y la libertad los llamase.

Un coche pasó muy cerca del mío, lo que me asustó e hizo que volviese en mí. Los puntos de inflexión de mi vida habían pasado hacía mucho tiempo: el primer trabajo, la primera casa, el primer amor, la primera hija. Había tomado decisiones, algo que no puedes volver a hacer cuando tienes cuarenta y nueve años. Me pasaba el día lidiando con personas que estaban enfermas o tenían que enfrentarse al luto o pasaban necesidades; personas desafortunadas, con mala suerte, esa lotería de la vida en lo referente a la salud que también se jugaba en aquel pequeño pueblo privilegiado. Tenía un marido, una hija y no estaba enferma. Mi trabajo era fantástico y ganaba dinero suficiente. ¿Cómo podía desear volver a empezar de cero siquiera por un instante?

Volví a arrancar el coche y pasé despacio junto a la cancha de la Escuela de la Catedral, que quedaba a la derecha. A la izquierda se extendían las sombras de una hilera de árboles y arbustos que recorrían el muro de la escuela. Solía pasar corriendo bajo ellos cuando era niña. Siempre me había dado la impresión de que estaban encantados, como un asesinato que dejase un rastro en el ambiente o una mancha invisible ajena al tiempo.

Conduje a través de la puerta del siglo XIII en dirección a De Vaux Place, y luego me detuve junto a una serie de casas adosadas. Saqué el maletín del coche. Las ventanas de la casa contigua a la nuestra, en la parte izquierda, estaban a oscuras, a excepción de una lucecita en el piso de arriba que Abby, la que limpiaba la casa de Victoria, dejaba siempre encendida cuando ella no estaba allí. Ya tendría que haberme acostumbrado a la decepción, porque Victoria casi nunca estaba en casa. Nuestra puerta exterior daba a un patio adoquinado, como el resto. El nuestro tenía un camino de ladrillos y estaba vacío, a excepción de las dos bicicletas, los cubos de basura con ruedas y una magnolia en una maceta. En verano, el de

Victoria estaba lleno de clemátides que se aferraban a las paredes blanqueadas, macetas con limoneros, geranios de un rojo intenso y jardineras llenas de lavanda. El patio de los Densham, que era la casa del otro lado, albergaba la escúter de movilidad reducida de Colin y los triciclos de sus nietos.

En la cocina, Pimiento, el *cocker spaniel* ruano azul de Lizzie, alzó la cabeza. Agitó la cola un par de veces, pero estaba demasiado dormido como para venir a saludarme. Me habían dejado la cena en el frigorífico, cubierta con film transparente; era pollo cocido con arroz. Lo dejé donde estaba y saqué una botella de vino tinto de la repisa, para luego servirme una buena copa. Nathan lo había recogido todo. Los muebles eran de color humo y las paredes de color plomo, o quizá me había equivocado y era al revés: los muebles de color plomo, y las paredes, humo. Los había elegido Nathan, pero mientras echaba un vistazo a las diferentes tonalidades de gris a mi alrededor, no pude evitar que me viniera cierto regusto a ceniza a la boca.

CAPÍTULO 3

Febrero de 2017

—¿En qué puedo ayudarte?

No me gustaba nada hacer esa pregunta. Era la que siempre reservaba cuando no tenía mucho tiempo. Los dependientes o los camareros siempre preguntan lo mismo, pero en su caso no tiene nada de malo porque pueden contentar a sus clientes. En mi caso, me resulta una pregunta falsa o incluso deshonesta. No deberías ofrecer ayuda cuando no puedes solucionar el verdadero problema, aquello que se oculta debajo de la superficie, la injusticia desdichada del mundo. La salud se asigna al nacer y depende de dónde sea el paciente, de las vidas que llevaron sus padres, del dinero que tenían, e incluso se remonta más atrás en el tiempo. Es algo injusto y complicado, y no hay casi nada que nosotros podamos hacer al respecto. Somos el último eslabón de la cadena y nos encargamos de recoger los restos.

La mañana había empezado bien. Me había topado con los típicos problemas fáciles de solucionar: una garganta irritada, conjuntivitis, un dolor en una rodilla, un sangrado poco habitual... Era el tipo de mañana que hacía sentir que conocía las respuestas, hasta que había entrado Brian, encorvado y evasivo.

Era la segunda visita esta semana, y a veces venía más veces. Tenía la cara redonda, unas gafas de culo de botella y un flequillo grasiento que lo hacía parecer un colegial entrado en años, de no haber sido por esa sonrisilla cómplice que

ponía siempre. Hablaba en susurros, por lo que tenía que inclinarme hacia él. Tenía los ojos casi cerrados, pero de vez en cuando me dedicaba una mirada que parecía hasta furtiva. Había algo en él que me hacía estremecer.

–La espalda –respondió con vocecilla susurrante–. Llevo así desde antes de que muriera mi madre el año pasado. Tenía que levantarla para cambiar las sábanas y ese tipo de cosas. No tenía a nadie que me ayudase. Ahora el dolor no me deja dormir y creo que ha empeorado.

No le vi nada mal en la espalda después de examinarlo, pero él pareció imperturbable. Acercó la silla y se humedeció los labios, haciendo unos movimientos rápidos con la lengua que me recordaban a los de un lagarto. Reprimí el impulso de echar mi silla hacia atrás.

–Aún la echo de menos. Pueden pasar días sin que hable con nadie.

Me dio pena a pesar de cómo me hacía sentir. Había perdido el trabajo porque necesitaba tiempo para cuidar a su madre. Estaba solo y no había superado el duelo.

–¿Has salido más a la calle?

–Ayer di de comer a los patos en el parque, pero algunas madres no dejaban de mirarme. He oído que les dicen a sus hijos que no se me acerquen. El rarito del impermeable, así es como me llaman, que las he oído. Es eso o irme al *pub*.

–Extendió los brazos en un gesto de impotencia, con los dedos largos y pálidos y las uñas llenas de tierra.

–¿Y tus vecinos?

–No me saludan, aunque les llevo los periódicos todos los días. Es como si no existiese.

Brian no dejó de hablar y se lo permití, una queja tras otra. Cuando se iba a marchar, se arrastró hacia la puerta y me dedicó un saludo con la mano como si fuésemos viejos amigos. Después, levanté los listones de la persiana para ver cómo atravesaba el aparcamiento. Le había dicho que fuese a un gimnasio a hacer ejercicio y le había dado el te-

léfono de un psicólogo especializado en el duelo, pero en el exterior caminaba más rápido. Era posible que me hubiese mentido con lo del dolor de espalda. Intenté no sentirme muy incómoda; era un hombre solitario, y la soledad no es fácil de curar.

Carol me fulminó con la mirada y los labios apretados. Había tardado demasiado y la había hecho esperar, como era costumbre. Roger pasó a toda prisa con un fajo de documentos debajo del brazo, con esa figura desgarbada inclinada hacia delante. Me guiñó el ojo y me sentí mucho mejor.

—Carol, voy a visitar a Laura Chambers. ¿Podrías pasarme las notas de Liam?

Me las entregó en silencio. Era una visita que me daba miedo. Había conocido a la madre de Liam el año anterior, una mujer pequeña de pelo canoso recogido en un pañuelo, enjuta y algo tímida. Tenía artritis en las lumbares. Le había pedido una radiografía, pero no vi nada raro en ella y le comenté que hiciese ejercicio, le receté unos suplementos y también unos analgésicos. No había vuelto a la consulta después de eso.

Hacía frío, y era uno de esos días anodinos en los que las aceras parecen estar húmedas y el cielo es del color de la leche. Laura Chambers vivía en el otro extremo de la ciudad, pero fui a pie. Necesitaba pensar. Me sentía muy culpable, terriblemente responsable de lo ocurrido. Si me decía que le había fallado a su hijo, podría defenderme legalmente, pero no se trataba de eso. Lo importante es que no conseguía convencerme a mí misma de mi inocencia. ¿Dónde había quedado mi perspicacia, mi intuición? De haber adivinado que Liam tenía intención de suicidarse, lo habría llevado yo misma a un psiquiatra en el hospital. También podría haberlo llamado a casa o haber ido para ver cómo estaba. Podría haber hablado con su madre..., aunque eso habría significado violar su derecho a la intimidad, algo defendible en casos de vida o muerte. Pero no me imaginé que fuese

a ocurrir algo así. No me lo esperaba. No dejaba de darle vueltas mientras atravesaba las calles, pasaba junto a mujeres que esperaban en las paradas de autobús, niños en patinete y una casa donde un terrier blanco y marrón ladraba desde una ventana a todos los transeúntes.

La casa de Laura Chambers se parecía al resto de las que había en la calle, con una tribuna, una zona asfaltada para aparcar el coche y botellas de leche vacías en el último escalón. No había nada que insinuase la tragedia que había ocurrido allí aquella noche. Liam tenía que haberse subido a una silla, con el labio superior perlado de sudor y las manos flacas temblando mientras ataba una cuerda alrededor de una viga y tiraba de ella con fuerza para asegurarse. ¿Habría entendido, como imagino que pocos hacen, que aquello era para siempre, que se acabarían los amigos, las parejas, la música o los libros? Que se acabarían las mañanas, el sol y las flores. Que nunca podría ir a la universidad, tener un trabajo, criar a un hijo, que su futuro desaparecería de un plumazo.

Ninguna luz se proyectaba a través del cristal con burbujas de la parte superior. Llamé al timbre y esperé. Volví a llamar. Sentí el sudor en las palmas de las manos y el corazón desbocado. Alguien abrió la puerta, que quedó unida al marco por una cadena, y apareció un rostro por la hendidura resultante: un ojo hinchado y parte de una boca.

—¿Sí?

—Soy la doctora Goodchild, señora Chambers. Teníamos una cita para hoy.

La mujer quitó la cadena de la puerta y me guio despacio por el pasillo a oscuras. Tenía el pelo alborotado por la parte de atrás de la cabeza, como si no tuviese fuerzas suficientes para llegar hasta allí con el peine. En la cocina había una botella de *whisky* irlandés sobre una mesa, y un vaso medio lleno junto a ella. Me señaló una silla y ella ocupó otra.

—Lo siento más de lo que puedo ex...

–Hay algo que quiero que sepa. –Le temblaba la voz, pero se mantuvo erguida a fuerza de determinación–. Liam fue a su consulta, pero puede que no le haya dicho la verdadera razón. Encontré esto en el bolsillo de sus vaqueros.

Estaba ronca. Desdobló un pedazo de papel sobre la mesa. Eran los resultados de unas pruebas en la London Clinic: positivo en VIH.

–Tiene razón. No me lo mencionó. –Me empecé a marear. De haberlo sabido, podría haberlo ayudado, recomendarle un tratamiento guiado y comprobar cómo estaba cada cierto tiempo. Habría llevado una vida normal. Pero no podía decirle eso a su madre, y menos ahora.

–No quería que nadie lo supiese. –La mujer volvió a doblar el papel–. Se sentía culpable por haber sido un descuidado. –Levantó el vaso de *whisky* y bebió echando la cabeza hacia atrás. Los tendones del cuello quedaron expuestos mientras se le movía la garganta. Soltó el vaso vacío con una fuerza capaz de romperlo–. Nunca me dijo que era gay, no con palabras, al menos. Pero yo lo sabía. Abusaron de él en el colegio durante año, pero tampoco me dijo nada de eso. Yo quería protegerlo, y él quería hacer lo mismo conmigo. Ese fue el problema.

–¿El problema?

–Demasiada protección y poca verdad. A mí me daba igual su sexualidad, pero la enfermedad sí que me importaba. –Tenía los ojos claros inundados en lágrimas–. No sabía cómo sacarle el tema, por lo que le dije que fuese a su consulta, aunque supuse que tampoco se lo contaría. Es culpa mía.

Me había preparado para que me echase la culpa, pero era ella la que se culpaba a sí misma. Le puse la mano sobre la suya, que estaba fría.

–No es su culpa. Si acaso, es mía. No conseguí que me lo contase y solo hablamos siete minutos ese día.

Ella alzó la vista y asintió. Algo se le torció en el gesto.

–No, esto no tiene nada que ver con usted. Fue a verla para

complacerme a mí, pero creo que era una decisión que había tomado hace tiempo.

La radio resonó en el silencio posterior, las noticias de las dos. La mujer echó un vistazo lento por la cocina, como si le sorprendiese que aún hubiese noticias, que aún hubiese un mundo ahí fuera.

—¿Hay algo que pueda hacer por usted? Cualquier cosa. Supongo que ahora no tendrá ganas, pero quizá quiera hablar con alguien más adelante.

—No. Gracias.

La silla chirrió por el suelo cuando se puso en pie, y luego volvió a guiarme en dirección a la puerta principal. Normalmente, suelo recomendar a los pacientes algo que los ayude, pero aquel día no supe qué decir. Ambas sabíamos que no había nada que yo pudiese hacer. Cuando cerró la puerta, oí los pasos de la mujer alejándose lentamente por el pasillo.

Esa tarde no tenía consulta, así que volví a casa andando por las calles, sumida en un arrebato de tristeza y arrepentimiento. Me había empezado a doler la cabeza y noté que la calle a mi alrededor se desenfocaba; los coches se habían convertido en un borrón. En la entrada de los alrededores de la catedral, donde se estrechaba la acera, me topé con grupos de adolescentes que no dejaban de cruzar la calle. Cualquiera de ellos podría haber sido atropellado por un coche, pero eran jóvenes y se creían inmortales. No comprendían lo frágiles que eran, pero lo cierto era que yo tampoco había llegado a entender la fragilidad de Liam.

Al principio, no me percaté de que hubiese un coche junto a mí, avanzando tan cerca que el parachoques incluso me rozaba el abrigo. Me metí más en la acera, y el coche siguió su camino. Cinco minutos después, cuando caminaba por un sendero entre los árboles antes de llegar a la verja que había en el otro extremo de los alrededores de la catedral, oí el apacible ronroneo de un motor detrás de mí. Los coches van despacio por esa zona, pero aquel iba más despacio

que la mayoría. Era un sedán gris de tamaño medio y con las ventanillas tintadas. No veía al conductor. ¿Aparcaría delante de mí y esperaría a que pasase para volver a seguirme? El coche pasó a mi lado y después cruzó la verja. No se me ocurrió mirar el número de matrícula. Entré en la casa y cerré de un portazo, más irritada que asustada.

Por aquel entonces, aún no había empezado a sentir miedo.